

Newton Compton Editores

Todos los personajes y los sucesos que aparecen en este libro, a excepción de aquellos claramente de dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Memory Library*

© 2024, Lisa Timoney

© 2026, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-60-7

DL: B 1.896-2026

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición de interiores:

Nodicia

Impreso en abril de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Kate Storey

La pequeña biblioteca de los recuerdos

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Prólogo

Sally

Treinta y cuatro años atrás

A pesar de los muchos años que había dedicado a leer en voz alta a niños pequeños, Sally se horrorizó al descubrir que no podía evitar que la voz le temblara. El temblor empezó cuando llegó a las palabras «una mujer en un hogar solitario» del poema de Jo que aparece casi al final de *Mujercitas*. El verso parecía describirla con tanta precisión que perdió el control de sus cuerdas vocales.

Le estaba leyendo a su hija Ella antes de acostarla, así que forzó una tos para disimular la emoción que se había adueñado de su voz. Se desplazó hacia un lado para quedar más cerca de Ella en su cama individual, al tiempo que le daba un apretón en su delgada pierna por debajo del edredón. Tras pasar la página manoseada, ladeó el libro de forma que la luz de la mesita de noche lo alumbrara y continuó leyendo:

–«Sé digna de amor y el amor llegará».

Se quedó callada y tragó saliva con dificultad. Ella alzó la cabeza para mirarla, con el brillo titilante de la guirnalda de luces, enredada alrededor del poste del cabezal de la cama, reflejado en sus ojos oscuros. Sally se esforzó por esbozar una sonrisa.

–Tú, mi niña, eres digna de amor. –Le pellizcó la nariz–. De todo el amor del mundo.

–Tú también, mami –contestó Ella–. Y papi.

La última parte de la afirmación de su hija era predecible. En el pequeño mundo de Ella, no había mami sin papi. Honestamente, Sally se sentía aliviada de formar siquiera parte de la ecuación. Ella se había decantado por su padre desde el momento en que había sido capaz de expresar sus preferencias, y Sally trataba de no darle importancia. En cierto sentido, le alegraba que el vínculo de Ella con Neil siguiera siendo tan sólido como siempre. A ojos de su hija, él no hacía nada mal, a pesar de que, esa misma tarde, había estado demasiado ocupado para asistir a su fiesta de cumpleaños en la piscina del polideportivo Arches. Su devoción daba a entender que vivía felizmente ajena a las discusiones, cada vez más habituales, y al desdén con el que su padre le hablaba a su madre. O bien no le importaba. Pero ese pensamiento era demasiado espantoso para planteárselo.

A su tierna edad, lo normal era que viviera ajena a todo aquello. Los ocho años eran una época mágica de la vida, en opinión de Sally. Adoraba dar clase a los niños de cuarto porque, a esa edad, se hallaban justo en ese momento en que sus vidas eran deliciosamente lúdicas y, aun así, serias. En su opinión, los niños de ocho años eran como mariposas que se desprendían de sus crisálidas, y consideraba un privilegio poder formar parte de ese proceso.

—Me gusta el poema de Jo —dijo Ella.

Alargó la mano hacia el ejemplar de *Mujercitas*, que la propia madre de Sally le había regalado a esta treinta años atrás, y empezó a leer en un tono infinitesimalmente más grave que el de su infantil voz de hacía un año. Leyó la poesía con un ritmo titubeante, mientras trataba de pronunciar palabras que no le eran familiares, y señaló «lamento» y luego «inmortal» con una uña mordida, esperando a que Sally las articulara y le explicara su significado antes de continuar leyendo.

Sally paseó la mirada por el dormitorio cada vez más oscuro mientras Ella leía las páginas finales del libro, y se detuvo primero en el armario y la cómoda con tiradores rosas, y luego en la colcha con su estampado de muñecas rusas multicolores. ¿Cuánto tardaría Ella en querer un cuarto de niña mayor, con pósteres de cantantes pop de los que Sally no sabía nada?

La voz de Ella se fue volviendo más grave mientras leía.

—«¡Ah, mis niñas, en los años que os queden por vivir, no puedo desearos mayor felicidad que esta!».

Esa frase que tan bien conocía Sally le atravesó el corazón. Acercó a Ella para abrazarla y cubrió su coronilla de besos.

—¿Te ha gustado? —preguntó, al tiempo que se apartaba y la miraba a la cara.

—¡Me ha encantado! —chilló Ella—. ¡De mayor quiero ser Jo!

A Sally se le hinchó el corazón de alegría. Metió la mano bajo la cama, sacó un ejemplar nuevo de *Mujercitas* y le tendió con solemnidad a Ella el libro con la ilustración de Meg, Jo, Beth y Amy en la cubierta.

—Esta copia es especial para ti, para que la conserves siempre.

Ella abrió mucho los ojos.

—Gracias, mami.

Abrió despacio la tapa mientras Sally contenía el aliento. La tradición de regalarle a su hija un libro con un mensaje escrito cumplía ocho años ese mismo día, pero, durante al menos los primeros cuatro, para Ella no había tenido verdadero significado. Al ver cómo ahora anticipaba la dedicatoria y abría el libro con tanta veneración, a Sally se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que reprimir las lágrimas. Contempló el rostro de Ella mientras la niña leía lo que con tanto esmero había escrito en la primera página.

Al cabo de unos segundos, Ella se dio la vuelta y lanzó

los brazos alrededor del cuello de su madre. Aunque se había dado un baño con burbujas, su pelo aún olía al cloro de la piscina. Sally recordó la alegría reflejada en el semblante de su hija cuando sus amigas y ella se habían cogido de la mano y se habían lanzado al agua con un grito, para chapotear y reírse de puro júbilo. Guardó la imagen en el álbum mental de recuerdos especiales y se preguntó cómo podía Neil preferir el trabajo, o cualquier otra cosa, a pasar aquel día con su única hija.

Con los brazos todavía alrededor de la niña, oyó el portazo de la puerta de entrada al cerrarse y los pasos de su marido, que se alejaban por la acera de Circus Street. Se le tensó el cuerpo, inquieta por si Ella preguntaba adónde iba su padre. Sally no lo sabía. Aunque se lo imaginaba.

Aliviada al ver que su hija no planteaba la pregunta, hundió aún más la cabeza en el pelo de Ella y susurró:

–Feliz cumpleaños, Ella. Feliz cumpleaños, mi niña preciosa.

Y mientras se lo decía, decidida a no permitir que Ella viera sus lágrimas, se preguntó qué podía hacer para mantener unida a su pequeña familia.

Capítulo 1

Ella

En la actualidad

Ella dio un respingo cuando el timbre del teléfono reverberó por la cocina americana. Acababa de servirse el primer café del día. Pensó que si fuera la reina del mundo ningún dispositivo se encendería hasta que tuviera cien miligramos de cafeína corriéndole por las venas. En su cabeza, jugaba a menudo a «si fuera reina del mundo». No le servía de nada. El teléfono siguió sonando.

En la pantalla apareció el nombre de Glenda. Eso la intranquilizó. Hizo los cálculos: si allí en Sídney eran las siete de la mañana, en Londres eran las diez de la noche. ¿Por qué la llamaba la vecina de su madre a esa hora? Desenchufó el teléfono del cargador y aceptó la llamada.

—Hola, Glenda.

—Ella. —La voz de Glenda sonaba metálica y su acento era más refinado de lo que recordaba—. ¿Cómo va todo?

Tenía una reunión a primera hora de la mañana. No disponía de tiempo para intercambiar cortesías.

—Bien, bien. Oye, Glenda —continuó, al tiempo que bebía un sorbo de café y le daba los buenos días con la mano a Charlie, que bajaba como un sonámbulo por la escalera con una camiseta y unos calzoncillos ceñidos. ¿Por qué su marido no era capaz de ponerse unos pantalones antes de bajar, como una persona civilizada? Las paredes de su planta de diseño abierto eran, en su mayor parte, de cristal,

y estaba segura de que los hipotéticos repartidores no tenían por qué ver la imagen íntima de la anatomía de Charlie—, ¿puedo llamarte luego? Tengo una reunión...

—Es tu madre —la interrumpió Glenda—. Se ha caído y se ha hecho daño.

Ella dejó la taza de café en la encimera.

—¿Que se ha caído?

Su madre solo tenía setenta y dos años. La última vez que había hablado con ella por FaceTime, la había visto en forma y saludable. ¿Cuándo había sido, la semana pasada? ¿La anterior? No parecía en absoluto achacosa. Seguía yendo en bicicleta a todas partes. La bicicleta, seguro que era eso. Ella sabía que desplazarse por Londres en bicicleta era una idea terrible. Se lo había dicho un montón de veces a su madre—. ¿Se encuentra bien? ¿Se ha caído con la puñetera bicicleta?

Charlie se acercó a ella, con las cejas unidas sobre la nariz.

—No, hace tiempo que no la veo con la bici. Acabo de dejarla en el hospital.

Charlie estaba plantado demasiado cerca de ella, con el ceño fruncido, como si quisiera respuestas, cuando ni siquiera ella sabía lo que estaba pasando. Le dio la espalda y se dirigió al ventanal que iba del suelo al techo. Con el teléfono pegado a la oreja, miró hacia el valle a través del cristal.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo se encuentra?

Notó que Charlie se le acercaba por detrás y, exasperada, puso la llamada en altavoz y sostuvo el móvil ante ella.

—La están operando —retumbó la voz de Glenda por la estancia.

—¿Operando? —A Ella se le secó la boca. Charlie apoyó la mano sobre su hombro y, por primera vez en mucho tiempo, ella no sintió el deseo de apartarla—. ¿Por qué?

—Se ha roto la muñeca derecha. ¿O se la ha fracturado? ¿Son

cosas distintas? El caso es que le están uniendo los huesos... o algo así. No me acuerdo muy bien de lo que ha dicho el médico.

—¿Se encuentra bien?

—Pues no mucho, cielo. Se ha roto la muñeca y dos dedos de la otra mano. —Glenda parecía irritada—. Estaba muy alterada. Me ha impactado mucho verla tan vulnerable.

Ella notó el regusto amargo del café en la boca. «Vulnerable» no era una palabra que ella usaría para describir a su madre. Pero Glenda conocía a Sally tan bien como ella, seguramente mejor, así que debía ser cierto.

—Perdona, claro. Está bien. —Al pensar en su madre tendida en una mesa de quirófano, se mareó. Aunque no estuvieran muy unidas, no le gustaba imaginársela sola y sufriendo—. ¿Son solo las manos, Glenda? ¿Se ha hecho daño en alguna otra parte?

—Tiene varios hematomas en la cara. Es un milagro que solo se haya roto las manos —contestó Glenda—. Y ¡cómo ha quedado la casa! Hará falta hacer reparaciones.

—¿Qué ha pasado?

Ella recordó la casa de su infancia. Visualizó el hermoso edificio georgiano, que ya se encontraba en mal estado la última vez que había estado allí, y de eso hacía un año. Un sentimiento de culpabilidad amenazó con apoderarse de ella, pero se resistió. No era culpa suya que esa casa ya no le pareciera su hogar.

—Se dejó el grifo de la bañera abierta.

Ella puso los ojos en blanco y luego miró a Charlie, cuyo semblante estaba inusualmente serio.

—Por lo que he deducido, al darse cuenta de que se estaba inundando el baño, entró corriendo, resbaló sobre las baldosas e intentó suavizar la caída apoyando las manos.

Ella se cubrió la boca con la mano. Se imaginó la escena:

el agua derramándose por encima del borde de la bañera con patas sobre el suelo de baldosas blancas y negras; su madre, que tenía el aspecto de un pajarito, entrando embalada, resbalando sobre el suelo y cayendo hacia delante con los brazos extendidos. El crujido de los huesos al romperse.

Charlie le cogió el teléfono y se lo acercó a la boca.

–Hola, Glenda; soy Charlie. Como te puedes imaginar, Ella está un poco alterada. ¿Me puedes dar más detalles?

–Hola, Charlie.

La voz de Glenda pareció derretirse. Era algo que ocurría muy a menudo, sobre todo con las mujeres mayores, que encontraban irresistible a Charlie. Su mera voz parecía bastar para desarmarlas. Era la clase de hombre que miraba a los ojos y escuchaba de verdad cuando una mujer hablaba. Algo muy poco habitual, en especial en Sídney. Mientras lo miraba, Ella se preguntó cuándo había dejado de valorar ese tipo de atención. Ahora, la costumbre de su marido de hablar de todo tan solo le parecía ineficaz. El día no tenía suficientes horas para pasar el rato charlando. No el día de Ella, al menos. En aquel preciso instante, podía sentir cómo los minutos se le escurrían entre los dedos.

–¿Se ha dado un golpe en la cabeza o algo así? –preguntó Charlie.

–Debe de haberse golpeado la cara al caer de bruces, pero los médicos no parecían especialmente preocupados por el moratón en la mejilla. Han comprobado si tenía una contusión. Han sido muy minuciosos; le han hecho radiografías y demás. Sally tiene algún tipo de infección, pero le están dando antibióticos para tratarla. Sin embargo, con las dos manos incapacitadas, va a necesitar ayuda durante un tiempo.

Ella se dio cuenta de hacia dónde se dirigía la conversación y recuperó el teléfono de las manos de Charlie.

–No sabes cuánto aprecio todo lo que haces por ella, Glenda. Significa mucho para mí que estés pendiente de mi madre.

–Bueno, ya sabes que hago lo que puedo. –Se quedó callada un instante y Ella cerró los ojos, a la espera de lo que sin duda alguna venía a continuación–. Pero dentro de un par de días estaremos ya en mayo.

Charlie se encogió de hombros, perplejo, pero Ella sabía con exactitud a qué se refería Glenda. La vecina ya vivía en la casa de al lado cuando Ella era pequeña, y recordaba perfectamente cómo la saludaban desde la calle cuando su marido y ella se metían en un taxi para disfrutar de sus vacaciones anuales, que consistían en pasar un mes en su casa de Antibes.

–¿Cuándo os vais?

–Dentro de dos días. Lo siento mucho, Ella, pero la casa de Francia ya está preparada. Van a venir unos amigos. No puedo...

–Desde luego –dijo Ella–. Desde luego. –Fruunció el rostro, avergonzada–. Me imagino que no hay nadie más que...

–En la casa del otro lado ahora viven estudiantes –explicó Glenda–. Así que, aunque parecen muy amables, no sirven de mucho. Una de las chicas es estadounidense y su familia tiene que ser extraordinariamente rica, porque le compraron una casa para que viviera con sus amigos mientras estudia en la universidad. Imagínate.

Ella trató de imaginárselo, pero fue incapaz. Ahora, las casas de Circus Street debían de costar un ojo de la cara. Sabía que sus padres habían tenido que hacer un gran esfuerzo para comprar la suya a finales de los setenta, a pesar de que ambos trabajaban y a su padre lo habían hecho socio del bufete de abogados en el que trabajaba.

–Y, no sé... Me da la sensación de que, últimamente, tu madre ha estado más retraída.

Aquello no era en absoluto propio de ella. Desde que tenía uso de memoria, su madre siempre estaba preparándose para una reunión del comité de la biblioteca de West Greenwich o para ir a sus puestos preferidos en el mercado. Ese era uno de los motivos por los que Ella no se sentía tan culpable por vivir en la otra punta del mundo. Su madre nunca se sentiría sola sin ella. Estaba demasiado ocupada.

—Te necesita, Ella.

Miró el cielo azul a través de la ventana. Ahora que mayo se acercaba, uno no podía dar por hecho que fuera a hacer calor. Pronto tendría que acordarse de ponerse una chaqueta para ir al trabajo y, antes de que se diera cuenta, cuando saliera de casa todavía estaría oscuro y, al volver, ya se habría puesto el sol. Y Willow ya estaría dormida.

Pensó en Londres en plena primavera, con los árboles en flor del jardín privado que había en el centro de Gloucester Circus. Pensó en su madre sola en una cama de hospital.

—¿Está en el hospital de Lewisham? ¿Podrías darme los datos?

Charlie abrió un cajón, sacó papel y boli y los dejó sobre la encimera. Ella dejó también el teléfono y escribió el número del pabellón del hospital con mano trémula.

—Gracias, Glenda —dijo—. Veré cómo puedo organizarme y te informaré de mis planes. Cuídate. Y gracias de nuevo, de verdad.

A continuación, colgó e hinchó los carrillos. Miró a Charlie y, al darse cuenta de que él estaba a punto de abrazarla, se dirigió al armario que había tras la escalera abierta y descolgó su bolso del interior. Puede que él tuviera tiempo para largos abrazos, pero ella no. Si fuera la reina del mundo, todo el mundo tendría un indicador en la frente, un sistema de semáforos: verde cuando estuviera abierto a recibir abrazos, amarillo para un breve apretón y rojo para «déjame

en paz de una puñetera vez». En ese momento, con una cosa más por la que estresarse, el suyo estaba ya en rojo.

–Después de mi reunión, buscaré opciones de cuidadoras. Esta noche hablamos.

–¿No puedes ir al trabajo más tarde, cuando hayas tenido tiempo de pensar qué hay que hacer? –preguntó Charlie.

–Tengo un desayuno de trabajo.

Ella no sabía a qué se debía esa intensa sensación de apremio por salir de su casa. Sabía que lo que debía hacer era cancelar la reunión, llamar al hospital y comprar un billete de avión a Londres. Eso sería lo apropiado. Lo preceptivo. Pero las personas no siempre hacían lo correcto y, si alguien tenía que entenderlo, era su madre.

–Y ¿a qué te refieres con «opciones de cuidadoras»? Tu madre no es una anciana senil, demasiado enclenque para apañárselas sola. Ha tenido un accidente. Es algo temporal. En este momento, te necesita a ti. –Charlie habló en tono suave, lo cual no hacía más que empeorar las cosas.

–¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejarlo todo y salir pitando hacia Londres?

Charlie se sirvió una taza de café.

–¿En serio, Ella? Pues sí.

Muy típico de él pensar que las cosas eran tan sencillas. Para él sería fácil regresar de inmediato a Inglaterra sin previo aviso. En aquel momento, su único trabajo consistía en ocuparse de Willow y de la casa. Las piscinas de cuyo mantenimiento era responsable no tardarían en estar cubiertas para el invierno. Era en ella en quien recaía la presión y la responsabilidad de proveer para la familia.

–No es tan sencillo.

Él se sentó en un taburete, junto a la isla de la cocina, con un aspecto tan relajado que Ella sintió deseos de derribarlo de un empujón.

–Ah, ¿no?

Estrujó la correa de su bolso hasta que el cuero se le clavó en la palma de la mano y dio un paso hacia la puerta.

–¿Puedes llamar al hospital para conseguir información? Yo tengo que irme.

–Tendrías que...

Ella se dio la vuelta.

–Tengo una reunión, Charlie –dijo.

No quería pensar en Londres, en su madre o en por qué se había marchado tantos años atrás. Era más fácil pensar en el trabajo. Allí todo estaba claro y definido. Si surgía un problema, podía resolverlo. El resto de su vida era mucho más complicado... y doloroso.

–Tómate un mes libre. Vete a Londres.

Ella abrió los brazos de par en par.

–Claro, Charlie, ¿por qué no lo hago? ¿Por qué no me tomo un mes libre y me escabullo de todas mis responsabilidades, por no hablar de nuestra hija de ocho años, durante un mes entero? ¿Qué diantres me lo impide?

Nada se lo impedía. Ella lo sabía y él también. Igual que el resto de sus compañeros en el bufete, tenía derecho a unas vacaciones pagadas de un mes después de veinte años en el despacho. El problema era que no quería dejar de trabajar durante un mes. Necesitaba continuar adelante, ocupar su vida con trabajo y distracciones, para no tener que enfrentarse a todas las cosas que habitaban en los oscuros recovecos del fondo de su mente.

–¿Qué te lo impide? –A Ella le sorprendió el tono gélido de su marido–. Sabes que Willow estará bien. Además, tampoco es que la veas mucho entre semana.

Tanto el tono como saber que decía la verdad la escocieron.

–Pero hay gente que depende de mí. No puedo dejar a mis socios en la estacada –dijo, con menos convicción.

—¿Y a tu madre sí que puedes dejarla en la estacada?

A Ella le pareció un golpe bajo.

—Es ella quien me dejó a mí en la estacada —repuso—. Lo sabes muy bien.

Él meneó la cabeza.

—Sé lo mucho que te dolió, pero a lo mejor ha llegado el momento de superarlo... o, al menos, intentarlo.

—Me alegro de saber que estarías encantado de perderme de vista durante tanto tiempo en otro continente.

Quería hacerle daño. Era imposible que él comprendiera lo mucho que le había afectado la traición de su madre. Si lo supiera, no le estaría poniendo las cosas tan difíciles.

—¿Encantado? —repuso Charlie—. No estaría encantado. —Se lo veía derrotado—. Pero ¿qué sentido tiene que te quedes aquí cuando tu madre te necesita? —Dejó escapar un suspiro y la miró directamente a los ojos—. Porque creo que los dos sabemos que esto ya no te hace feliz. —Hizo un gesto con las manos que abarcaba toda la estancia, aunque Ella sabía que se refería a algo más que eso. Se refería a su vida juntos. A él mismo—. Sé que no quieres hablar de ello, pero no te iría mal un poco de tiempo para ti misma, para pensar qué es lo que quieres, qué podría ayudarte a encontrar de nuevo un poco de alegría. A lo mejor podrías resolver lo que sea que te ha distanciado de tu madre. No sé... Da la sensación de que hay un montón de temas no resueltos, y es algo que te carcome por dentro. Esta podría ser una buena oportunidad para...

—No es tan sencillo.

¿Acaso creía que podía volver a su casa y arreglar las cosas con su madre, y que luego serían felices y comerían perdices? Aquello era la vida real, no un cuento de hadas.

Él dejó escapar aire ruidosamente.

—Hay muchas cosas que no son sencillas, Ella. Eso no sig-

nifica que no haya que enfrentarse a ellas. A lo mejor ha llegado el momento de dejar de huir.

Ella cerró los ojos y visualizó su oficina, con sus archivos bien organizados y sus ordenados escritorios. Allí no se veía obligada a mantener conversaciones difíciles. En el trabajo había un sistema, unos procedimientos que seguir. Todo tenía un orden. Era un entorno seguro.

–Tal como yo lo veo –insistió Charlie–, es de cajón. Puedes cogerte un mes de vacaciones. Puedes hacer lo correcto con tu madre y... bueno, tú y yo podemos hablar de todo lo demás cuando estés preparada.

«Todo lo demás». Ella se estremeció. Era consciente de que en algún momento tendrían que hablar de «todo lo demás», pero lo había ido posponiendo, igual que hacía con todo.

–No lo sé.

Pero eso también era mentira. Sí que lo sabía. Charlie estaba en lo cierto. Tenía que volver a Inglaterra por muchas razones, y ninguna de ellas era buena.

Capítulo 2

Ella

En la actualidad

A Ella se le revolvió el estómago cuando el taxi giró a la derecha y enfiló la calle en la que había crecido. Desde que el vehículo había salido de la M25, la ansiedad se había ido apoderando de ella, y ahora que veía el letreiro, la tienda de la esquina con el extraño logo del erizo, sobre la placa que señalaba CIRCUS STREET, sus náuseas se intensificaron. El coche avanzó despacio por delante de la pescadería Ellis y Jones, y del edificio de ladrillos del local de reuniones municipal, que quedaban a la derecha, hasta terminar deteniéndose a la izquierda, frente a la casa de su niñez.

Más allá de las barandillas negras, la mitad inferior del edificio, de color blanco, seguía destacando entre la ristra de casas. Era como si gritara: «Soy especial» a cualquiera que pasara por delante. El resto de las viviendas adosadas de la calle estaban construidas con elegantes ladrillos a partir del alféizar de las ventanas de guillotina de la primera planta. A Ella siempre le había parecido que su casa tenía un aspecto majestuoso, que era la clase de casa en la que viviría Sherlock Holmes. Cuando era más joven y traía a sus amigos, se había sentido orgullosa, aunque más adelante se había avergonzado cuando los chicos de la escuela de secundaria se paraban en la acera y, al ver la reluciente puerta negra, la aldaba en forma de león y el montante de abanico sobre

la puerta de entrada, decían cosas como: «Ya ves, colega, no sabía que eras millonaria».

Con el tiempo, comenzó a anticipar las respuestas de la gente y ahora, mientras el taxista sacaba su enorme maleta del maletero, supuso que este esperaba que le diese una propina más generosa tras de ver cuál era su destino.

–Bonita casa –dijo él al tiempo que arrastraba la maleta con los ruedines hasta los tres escalones que llevaban a la puerta principal–. ¿Quiere que se la entre?

–No, no hace falta, gracias.

De propina, le dio un billete de diez libras, una moneda que le resultaba ajena a pesar de haberla utilizado durante los primeros veintinueve años de su vida. Se quedó parada, contemplando la casa hasta que el coche completó las tres maniobras para cambiar de sentido y desapareció en dirección a Gloucester Circus. Ahora podía observar lo que veían sus amigos de la escuela. La casa era imponente, desde las barandillas ornadas a ambos lados de los escalones hasta los ventanales dispuestos con una simetría perfecta en la parte de ladrillo de la fachada, por encima del blanco.

Sin embargo, por muy hermosa que fuera, Ella no sentía deseo alguno de entrar.

Se obligó a subir los peldaños. Solo sería un mes; podía sobrevivir. Cumpliría con su deber con su madre y luego sería libre de volver a su trabajo y a su familia. Reordenó mentalmente las prioridades: primero, su familia; y luego, su trabajo.

Al abrir la puerta que daba acceso al vestíbulo, Ella dejó escapar un suspiro. Tenía el mismo aspecto de siempre, pero más deslucido. Había rayones en las baldosas del suelo, y la arcada blanca que llevaba a las escaleras necesitaba una capa de pintura. El pasamanos de nogal y la alfombra beis estrecha, que subían hasta desaparecer en el primer piso

y bajaban hasta la cocina del sótano, seguían siendo impresionantes. Arrastró la maleta con ruedas sobre las baldosas y cerró la puerta a su espalda. Al inspirar, percibió un aroma a humedad en el aire estancado.

Dio un par de pasos y se fijó en un jarrón con tulipanes rojos marchitos, con las cabezas inclinadas hacia abajo y los pétalos derramados por la mesa alta de madera del vestíbulo. Al fondo del jarrón de cristal había un par de centímetros de agua fétida. De ahí debía proceder el olor. Pero, a medida que se adentraba en el pasillo, el hedor empeoró y se volvió más penetrante que el provocado por un simple jarrón de flores mustias.

Giró a la derecha para acceder a la sala, y la familiar imagen del tresillo con tapizado de flores hizo que se parara en seco. Ese era el sofá en el que se había sentado a leer durante toda su infancia, mientras su madre se acomodaba con su propio libro en el sillón a juego en el extremo más alejado de la estancia, de cara a la puerta. Casi podía sentir una edición en rústica entre sus dedos, ver una versión de sí misma más joven, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo mientras se perdía en otro mundo, sumergida en las páginas. La sensación de sentirse transportada le despertó una extraña nostalgia. Desde que vivía en Australia, no había leído ni una sola novela. Se dijo que no había tenido tiempo.

Tras decidir que no iba a darle cuerda a aquel pensamiento, entró en la sala. Las flores del tapizado del sofá estaban iguales, pero el cojín del sillón en el que se sentaba su madre se había hundido en el centro. La tela de los brazos estaba raída, como si unos dedos incansables la hubieran frotado durante décadas. Las flores habían perdido su definición y ahora eran meras formas indistinguibles de un naranja, azul y rosa desvaídos. A un lado de la butaca había una pila de libros. Ella cogió el de arriba: *Mi hermana, asesina en serie*.

No era el tipo de lectura que su madre solía elegir. Abrió la cubierta y vio que era un ejemplar de la biblioteca, aunque no tenía la fecha estampada en el exlibris, como era de esperar. Era extraño.

Devolvió el libro al montón y observó el resto de la habitación. Tenía un aspecto desvencijado. La pintura de pared color magnolia estaba manchada. Mientras valoraba qué era lo que necesitaba un toque de decoración, su mirada se detuvo en el techo, y abrió mucho los ojos al ver la mancha oscura e irregular que florecía desde la ornamentada cornisa de la esquina más alejada y se abría camino hasta el rosetón del centro. Se le cayó el alma a los pies. El baño de su madre estaba dos pisos más arriba. Si el agua los había atravesado la inundación debía haber sido considerable. Salió apresuradamente de la estancia, subió la escalera hasta el primer piso y asomó la cabeza en los dos dormitorios. Comprobó, con alivio, que, a pesar de estar descuidados, no habían sufrido daños.

Decidió no quedarse en el cuarto que había sido el suyo y, en cambio, atravesó el descansillo hasta el pequeño trastero. Bajó la manecilla del pomo, pero la puerta no cedió.

–¡Oh, por el amor de Dios! –le refunfuñó a la puerta.

En la cerradura no había llave. Aquella habitación quedaba justo encima de la sala, así que la mancha de humedad del techo debía provenir de ahí.

Allí arriba, el olor a humedad era más intenso. Volvió a bajar el pomo y empujó la madera con el hombro, pero la puerta no se movió. Su padre había instalado cerraduras en las puertas interiores tras una serie de robos en la zona. «Si alguien entra –lo recordó diciendo–, voy a ponérselo lo más difícil posible. Así aprenderán esos ladrones de mierda».

A pesar de su celo inicial, no habían tardado en perder la costumbre de echar la llave a las puertas, salvo cuando se

iban de vacaciones; en esas ocasiones, su padre recorría la casa comprobando que todas estuvieran cerradas y luego guardaba las llaves en su maleta.

Ella no tenía ni idea de por qué su madre podía querer cerrar con llave la habitación que no había sido más que el trastero mientras ella había vivido allí. Con un gruñido de frustración, soltó el pomo y se aventuró hacia el tercer piso. El olor a humedad aumentaba con cada paso que daba. La alfombra del rellano era beis oscuro y, al dirigirse hacia el baño, sus pies chapotearon sobre las fibras.

Las baldosas a cuadros blancos y negros del suelo del baño parecían secas a primera vista, pero, al cruzar la habitación, Ella se fijó en que había charcos de agua bajo la bañera con patas, lo que hacía que las baldosas negras brillaran como si fueran de ónice. Alguien debía haber intentado secar el agua utilizando toallas del armario, pues había un montón empapado tras la puerta. Ella recordó la segunda conversación que había mantenido con Glenda, en la que esta había contado cómo su madre había conseguido finalmente alcanzar el teléfono de su cuarto y llamar a la vecina.

«Cuando llegué, me la encontré encogida al pie de la cama –le había explicado Glenda–, tiritando por la impresión. Ni siquiera fue capaz de cerrar el grifo, porque tenía las manos rotas. Gracias a Dios que yo estaba en casa y tengo una llave extra, o los técnicos sanitarios habrían tenido que echar la puerta abajo».

Era un pequeño consuelo, pensó Ella, plantada en el baño e inspeccionando los daños producidos por la inundación. Empezaba a notar un dolor pulsante en la cabeza debido al *jet lag*, pero no tenía tiempo de prestarle atención. Debía seguir adelante con su plan de ir a buscar a su madre al hospital y luego decidir qué era necesario hacer en la casa para reparar los daños.

Saltaba a la vista que la cascada de agua se había filtrado al segundo piso y de este a la planta baja. Ella no quería ni imaginarse en qué estado debía de encontrarse el cuarto trastero. Lo más seguro era que lo que había dentro se hubiera echado todo a perder. Esperaba que se tratara tan solo de trastos viejos. Pero, si así era, ¿por qué echar la llave a la habitación? ¿Y dónde estaba la llave?

Arrastró sus agotadas piernas de vuelta a la planta baja para coger la maleta. La desharía, recogería a su madre y, entonces, lo averiguaría.

Capítulo 3

Ella

En la actualidad

Al acercarse con el taxi al hospital de Lewisham, Ella se sorprendió la decadencia en que se hallaba la zona. El hospital más cercano a casa en Sídney era un edificio moderno de líneas puras, de una pulcritud tranquilizadora y rodeado de calles anchas y zonas verdes. Los beneficios de un sistema de sanidad privado y un buen seguro, reflexionó, y luego meneó la cabeza ante su propia reflexión. Si fuera la reina del mundo, todos los países tendrían un sistema nacional de salud totalmente financiado, con hospitales nuevos y flamantes bien equipados. Aquel lugar era antiguo.

Cuando su taxi se sumó a la cola de vehículos que esperaban con el parachoques pegado al de delante para entrar en el aparcamiento del hospital, Ella se removió en el asiento, nerviosa. A medida que avanzaban, recordó la vez que su madre la había llevado allí de adolescente, después de que una pelota de críquet díscola le golpeara la frente en la clase de Educación Física. El profesor le había dicho que se quedara cinco minutos sentada y, si no se mareaba, continuara con la clase. Esa tarde, cuando entró en casa con un chichón morado en la cabeza, su madre se horrorizó e insistió en que fueran a Urgencias.

Sally no dejó de hablarle durante todo el trayecto y le contó la historia del edificio de ladrillo rojo. Al mirarlo ahora, Ella tuvo que admitir a regañadientes que la fachada era hermosa.

«Cuando lo construyeron a principios del siglo XIX, era un asilo para pobres –le había explicado su madre en un tono forzosamente alegre–. Nunca olvidaré el día que leí que se levantaba en “el pintoresco pueblo de Lewisham”». Las dos se habían reído mientras miraban por la ventana el denso tráfico y la gente que andaba de aquí para allá. Ni era un pueblo ni era pintoresco. Y ahora, menos aún.

Sally le había pedido a Ella que contara cuántos pisos tenía y que leyera lo que ponía en la placa blanca triangular que había bajo la ornada cúpula. Con la perspectiva de los años, Ella entendía que lo que quería su madre era comprobar si había sufrido una contusión, pero en aquel momento ella ni siquiera sabía lo que era una cúpula. Le había parecido que Sally trataba de ponerla a prueba para que se equivocara, y eso la había irritado. En esa época, todo lo que hacía su madre le molestaba y, después de lo que ocurrió, la sensación no hizo más que empeorar.

Tras pagar al taxista, Ella cruzó las puertas automáticas con los músculos de los hombros cada vez más tensos. Los hizo rotar hacia atrás de camino a la recepción y se fijó en que la mujer que la precedía en la cola le dedicaba una mirada rara. Debía parecer que se estaba preparando para una pelea y suponía que, en cierto modo, era así.

El olor a desinfectante y a cuerpo humano hizo que se le revolviera el estómago mientras seguía las indicaciones del mapa que le habían dado. Al final, llegó al ala en la que iba a ver a su madre en carne y hueso por primera vez en años. Respiró hondo tres veces antes de pulsar el timbre para que le abrieran.

Pasó un minuto y no acudió nadie. Titubeante, volvió a pulsar el timbre mientras practicaba una sonrisa de disculpa que reflejara lo mucho que lamentaba ser tan impaciente. Sabía lo ridículo que era que le preocupara tanto molestar.

Muy británico. Lo había notado en cuanto había aterrizado en Heathrow. En Sídney no tenía reparos en quejarse cuando el servicio era malo. Todo el mundo lo hacía. Pero, por alguna razón, en el preciso instante en que había vuelto a Inglaterra había sentido la necesidad de pedir disculpas al taxista por lo mucho que pesaba su equipaje. Incluso se había ofrecido a meterlo ella misma en el maletero, a pesar de que él le doblaba en tamaño.

Volvió a pulsar el botón, adoptando una expresión neutra, pero en cuanto se abrió la puerta se le escapó:

–Perdón. –Seguido de–: No estaba segura de que funcionara el timbre.

–Pasa, pasa –le dijo una alegre enfermera con el uniforme ceñido sobre su enorme pecho–. ¿A quién vienes a ver?

–Sally Harrison –indicó Ella mientras la seguía al interior del pabellón.

–¡Sally! –gritó la mujer, haciendo que Ella diera un respingo–. Eres la chica más popular de este pabellón.

Ella miró a derecha e izquierda, tratando de encontrar a su madre, pero lo único que vio fueron ancianas con las caras chupadas y el pelo despeinado, reclinadas sobre almohadas hundidas. Tragó saliva. Era imposible que su madre se hubiera deteriorado tanto en los últimos años, ¿verdad? Eso parecía la sala de espera de Dios. Apartó estos pensamientos de su cabeza e intentó evocar otros más alegres.

Junto a una cama vacía, una visitante le leía a una mujer una revista abierta sobre la manta azul que cubría sus piernas acartonadas.

–¡Sally! –volvió a gritar la enfermera–. ¿Te vas a ir a casa y voy a tener que encargarme yo otra vez de todo esto? –Serio.

Ella miró a su alrededor, pero seguía sin ver a su madre.

La mujer que leía la revista se dio la vuelta... y allí estaba.

No era una visitante, no era una anciana, sino su madre, menuda, delgada y erguida, con el pelo cortado a lo *pixie* y casi blanco, aunque seguía pareciendo diez años menor de lo que era. Treinta años demasiado joven para que aquel pabellón fuera el lugar apropiado para ella.

Se levantó al ver a Ella, con los ojos brillantes sobre el hematoma morado azulado de su mejilla derecha. Llevaba un brazo sujeto con un cabestrillo azul, y los primeros tres dedos de la otra mano envueltos en esparadrapo. Ella se quedó sin aliento al ver las heridas de su madre.

–Ella –dijo Sally al tiempo que daba un paso hacia ella.

Ninguna de las dos parecía saber qué hacer. Ella notó la mirada de la enfermera clavada en su espalda y se acercó a su madre abriendo los brazos, antes de dejarlos caer de nuevo.

–No quiero hacerte daño –dijo, haciendo un gesto torpe con las manos.

–Ven aquí, cariño –dijo Sally, y rodeó a Ella con su brazo libre.

Ella cerró los ojos. Su madre olía raro. Esperaba aspirar la fragancia del suavizante para ropa Lenor Brisa Veraniega, pero Sally olía a hospital y al algodón sucio del cabestrillo atado alrededor del cuello.

–Siento mucho que hayas tenido que... –continuó Sally.

–No... no pasa... Está bien, de verdad. –Las dos últimas palabras se le quedaron casi atrapadas en la garganta.

Sally la soltó y sonrió.

–Iris, te presento a mi hija, Ella. Ha venido desde Australia –le dijo a la enfermera, y luego se volvió hacia la cama–. No puedo seguir leyendo, Judith, lo siento. Esta tarde me voy a casa. ¿Te parece bien?

¿Qué iba a hacer si a Judith no le parecía bien?, pensó Ella. ¿Quedarse allí a leer números atrasados de *Woman's Own* hasta que sucediera lo inevitable? Echó otro vistazo

a la mujer y los pelos de los brazos se le pusieron de punta. Se la veía muy débil. Era posible que la cama de hospital en la que estaba tumbada fuera su destino final. Le parecía una manera lastimosa de terminar la vida.

La mujer asintió. Iris rodeó la cama por un lado, cogió un pañuelo de papel de la caja del armario y le secó la baba que le caía por la comisura de la boca.

—Te vamos a echar de menos, Sally. ¿A que sí, Judith?

Desde luego que la iban a echar de menos, pensó Ella, que sintió un agujonazo de envidia hacia todas esas personas a las que su madre se había esforzado por cuidar. Sally habría hecho todo lo posible por formar parte de la comunidad de aquel lugar. Habría sido infinitamente servicial y jovial, y todos habrían pensado que era una santa. Bien, pues no lo era.

—Bueno, vamos a recoger tus cosas. —Ella la siguió hasta una cama sobre la que descansaba una bolsa de viaje.

—Iris me lo ha guardado todo. Me temo que en este momento no sirvo para nada.

Ella se sintió culpable por lo que acababa de pensar. Sally no podía ser de mucha utilidad sin manos disponibles. Aun así, seguro que se había mostrado infinitamente alegre. Ella suponía que un paciente jovial debía de ser un regalo poco habitual en un lugar como aquel. Por lo que parecía, alguien con fuerzas para sonreír era la excepción.

—Bueno, ahora estoy yo aquí, así que no tienes que preocuparte por eso.

Sally levantó la mirada con el semblante serio.

—¿Cómo se las van a apañar sin ti Charlie y... tu niña?

Ella entornó los ojos. ¿Se le había olvidado el nombre de su propia nieta? Lo había dejado todo para ir allí y, ahora, parecía que su familia se encontraba tan al final de la lista de prioridades de Sally que no sabía ni cómo se llamaba su nieta.

Si era así, había sido una idiotez cruzar el océano para estar con ella.

–Charlie y Willow estarán bien.

–Me sabe fatal que hayas tenido que separarte de Willow. Daba la sensación de que repetía el nombre para grabárselo en la memoria.

–Charlie está en casa. No es tanto lío como crees.

Ella lo dijo para castigarla. Para dejarle claro que ir a Londres no era nada del otro mundo. Que no significaba tanto.

Escuchó los pasos de Iris que se acercaban.

–Cuídame a esta –dijo la enfermera con voz atronadora–. Es una joya.

Ella sonrió.

–Esa es mi intención. ¿Tiene que ver al médico, esperar a que le traigan medicamentos o alguna otra cosa?

–Está todo hecho –contestó Iris, y se volvió hacia Sally–. ¿Tienes tus antibióticos?

–Están en mi bolsa. –Sally miró a Ella–. Infección de orina. Me volví un poco tarumba. Incluso en mis días buenos, mi memoria ya no es la que era y, antes de que detectaran la infección, acabé diciendo todo tipo de chorradas. Bastante humillante, la verdad.

Ella se regañó a sí misma por censurar a Sally por haberse olvidado de cómo se llamaba Willow. Debía esforzarse por ser más amable. No era que a su madre no le importara, sino que estaba enferma. Al menos en este caso.

–Asegúrate de beber suficiente agua –dijo Iris–. No quiero que vuelvas a olvidarte de dónde estás. –Se rio y meneó la cabeza–. Aunque no pasa todos los días que una paciente crea que se encuentra en un hotel de cinco estrellas. Ha sido un cambio agradable con respecto a la gente que se queja de la comida y del estado del sistema nacional de salud.

Ella echó un vistazo al inhóspito pabellón. Había oído ha-

blar de los delirios que podían provocar las infecciones de orina en la gente mayor. Aquella debía de haber sido mayúscula si su madre había pensado que aquel sitio era el sumun del lujo.

–Por lo visto, me podría haber marchado a casa anteayer –dijo Sally mientras peleaba con la bolsa, intentando cerrar la cremallera con el meñique–. Y yo aquí, acaparando cama. No me querían dejar salir hasta tener a alguien en casa.

–He venido en cuanto he podido –contestó Ella en tono cansado, sintiendo la necesidad de defenderse.

Contempló la cama vacía y sintió el impulso de tumbarse encima, hecha un ovillo, y cerrar sus doloridos ojos.

Sally adoptó una expresión horrorizada.

–No. No quería decir eso. Estoy muy agradecida...

–Pues entonces, vamos. –Ella cerró la cremallera y se colgó la bolsa del hombro–. Gracias por cuidar de ella –le dijo a Iris.

–Ha sido un placer. Ten cuidado con lo que haces, Sally. No quiero volver a verte por aquí, a menos que sea de visita, ¿me oyes?

–Te oigo –contestó Sally–. Te prometo que haré todo lo que pueda.

Ella esperó en la puerta a que Sally terminara con sus numerosas despedidas. Nunca se le había dado bien esperar, y tuvo que combatir su creciente mal humor al ver que su madre parecía saber cómo se llamaban los nietos de una de las pacientes. Iba a ser difícil mantener una actitud benevolente. Se sintió aliviada cuando le llegó al móvil la notificación de que el Uber se encontraba a un minuto de distancia.

–El coche está aquí –dijo–. Vamos, mamá.

El silencio que se hizo entre ellas mientras caminaban por los pasillos hacia la salida se le hizo insoportable. Ella miró de reojo a Sally y se sorprendió al ver lo frágil que pa-

recía. Con el decorado de fondo de las mujeres con las mejillas chupadas y las manos retorcidas por la artritis, le había parecido realmente joven; pero ahora, mientras caminaba a su lado, tenía el aspecto de uno de esos pájaros heridos que había visto en los documentales de la televisión, flaco, con las plumas mojadas y las patas escuálidas. Se vio sorprendida por un impulso de rodearla con un brazo protector.

–Estás muy delgada, mamá. ¿Comes bien?

–Es la bicicleta, que me mantiene en forma –contestó.

–Glenda me dijo que hace tiempo que no te ve con la bici.

–Ah, ¿sí? –La miró con expresión confundida y levantó el cabestrillo, separándolo del cuerpo–. Supongo que ahora no podré hacerlo durante una temporada, ¿verdad?

Ella tuvo la tentación de decir: «Me alegro; un día te vas a romper la crisma con ese cacharro», pero entonces recordó que casi se había matado llenando la bañera.

–¿Tienes ganas de dormir en tu cama?

–Supongo que sí –contestó Sally, evasiva.

Ella se pasó la bolsa al otro hombro.

–¿Qué? Seguro que debes estar encantada de volver a casa, ¿no?

Ella llevaba menos de una hora en el hospital y no veía el momento de alejarse del olor, el ruido, y la gente en silla de ruedas siendo empujada por los pasillos con goteros colgados de los portasueros, como globos deshinchados. El sitio entero parecía gritar enfermedad, dolor y mortalidad. Tres cosas a las que prefería no tener que enfrentarse ni un segundo más de lo necesario.

–Sí, es solo...

–¿Qué?

Sally suspiró.

–Nada.

Ella no tenía intención de presionarla. Le faltaba energía

para descifrar el significado de cada suspiro que dejaba escapar su madre. Si fuera la reina del mundo, la gente diría lo que quería decir o mantendría la boca cerrada. Los suspiros adorables y los dobles sentidos estarían prohibidos.

Llegaron a la entrada. Consultó el número de la matrícula en la *app* de Uber y, tras echar un vistazo a los coches que daban vueltas por el aparcamiento, se alegró al ver que el suyo se dirigía hacia ellas. Llamó la atención del conductor agitando la mano y procedió a confirmar su nombre y dejar la bolsa en el maletero. Le abrió la puerta a Sally y se inclinó hacia el interior para abrocharle el cinturón, y todo sin poder sacudirse de encima el temor a estar en la casa a solas con esa mujer, a quien sentía que apenas conocía.